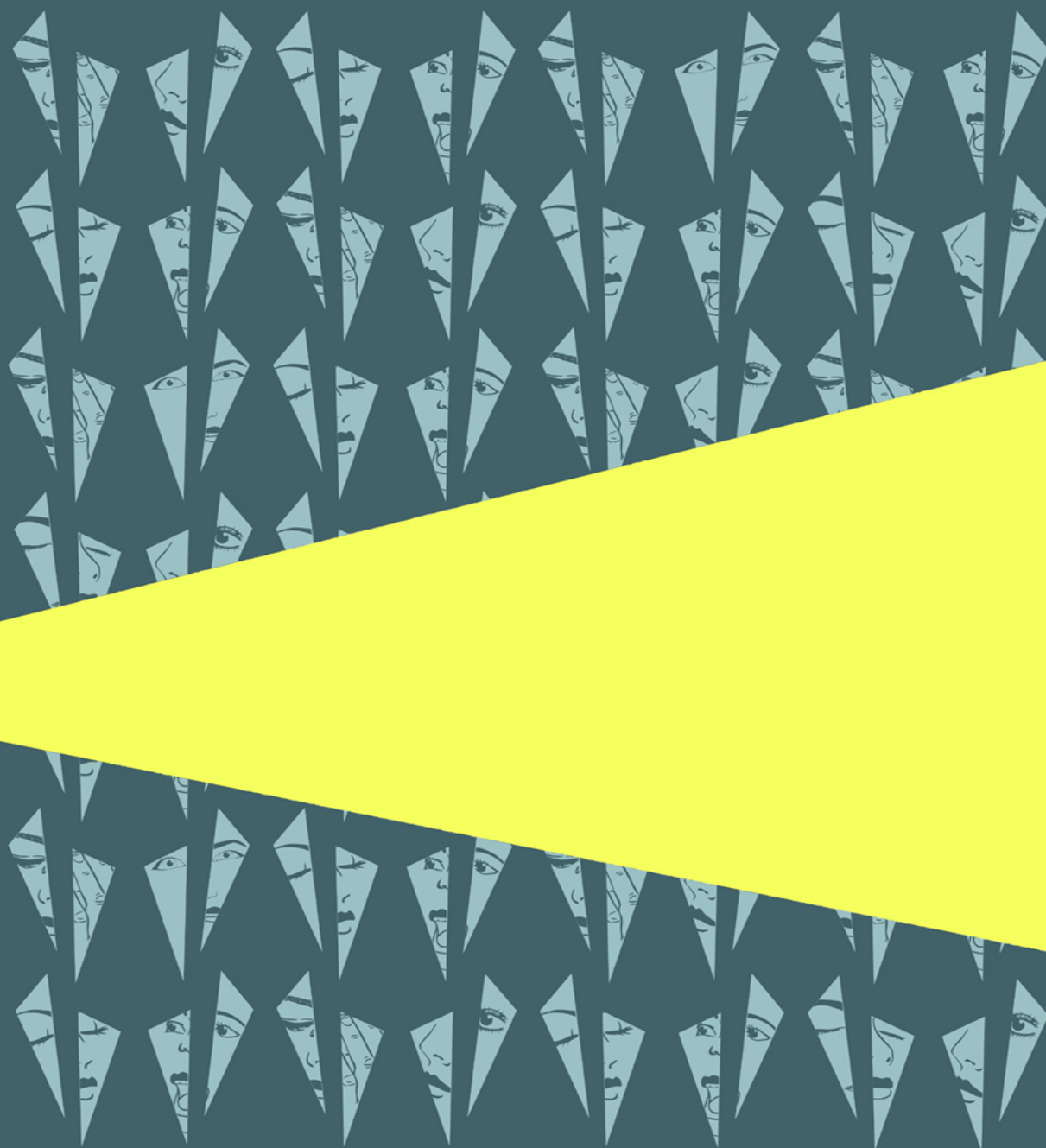


ROSTROS EN EL AGUA

JANET FRAME



TRADUCCIÓN DE PATRICIA ANTÓN

LA AUTORA

Janet Frame nació en 1924 en Dunedin (Nueva Zelanda); fue la tercera hija de una familia humilde de origen escocés. Su padre trabajaba en los ferrocarriles y su madre era sirvienta de la familia de la escritora Katherine Mansfield. En 1943, empezó a formarse como profesora, pero su intento de suicidio marcó el principio de su peregrinaje por diferentes centros psiquiátricos: los hospitales de Dunedin, Seacliff, Avondale, Sunnyside... Estos nombres luminosos escondían una realidad muy dura que Frame utilizó más adelante en sus obras. Le diagnosticaron esquizofrenia y la trataron con insulina y terapia electroconvulsiva. Cuando era paciente en Seacliff escribió su primer libro, *The Lagoon and Other Stories* (1951), que obtuvo un éxito inmediato y ganó el prestigioso Hubert Church Memorial Award. Seguramente, para la escritora, el mayor logro de esta obra fue que provocó la cancelación de la lobotomía cerebral que ya le habían programado. Sin dejar de luchar contra la depresión y la ansiedad se estableció en Londres —viajó con frecuencia a Ibiza y Andorra—, se cambió el nombre a Nene Janet Paterson Clutha para que fuera más difícil localizarla y, sobre todo, escribió. Empezó a hacer terapia con el psiquiatra Robert Hugh Cawley, quien la animó a seguir escribiendo. A él le dedicó siete novelas, entre las que cabe destacar la que se considera su obra maestra, *ROSTROS EN EL AGUA* (1961). Frame murió de leucemia en 2004; tenía setenta y nueve años.

LA TRADUCTORA

Patricia Antón de Vez se dedica en exclusiva a la traducción literaria desde hace más de veinticinco años. Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de Barcelona, llegó a la traducción desde la corrección de estilo. Ha vertido al castellano multitud de títulos de narrativa y ensayo, pero también de literatura infantil y juvenil o artículos para prensa. Entre los muchos autores que ha traducido cabe destacar a Kate Atkinson, Khaled Hosseini, Mark Haddon, Joyce Carol Oates, John Cheever, Louise Penny, Claire Messud, Nancy y Jessica Mitford, Chris Stewart, Howard Fast, Damon Galgut, Margaret Atwood, Stephen King o William Trevor. Melómana confesa, siempre ha creído que para traducir hay que tener oído y musicalidad, porque al fin y al cabo el traductor, como el músico, se dedica a interpretar una partitura ajena. También ha creído siempre que la traducción literaria es un oficio precioso que requiere grandes dosis de tesón y de pasión.

ROSTROS EN EL AGUA

Primera edición: febrero de 2022

Título original: *Faces in the water*

© Janet Frame, 1961

© de la traducción: Patricia Antón

© de la fotografía: Reg Graham

© de la nota del editor: Jan Arimany

© de esta edición:

Trotalibros Editorial

C/ Ciutat de Consuegra 10, 3.º 3.ª

AD500 Andorra la Vella, Andorra

hola@trotalibros.com

www.trotalibros.com

ISBN: 978-99920-76-21-7

Depósito legal: AND.376-2021

Maquetación y diseño interior: Klapp

Corrección: Raúl Alonso Alemany y Marisa Muñoz

Diseño de la colección y cubierta: Klapp

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

JANET FRAME
ROSTROS EN EL AGUA

TRADUCCIÓN DE
PATRICIA ANTÓN

PITEAS · 9



Para R. H. C.

Aunque este libro se ha escrito en forma de documental, se trata de una obra de ficción. Ninguno de sus personajes, incluido el de Istina Mavet, representa a una persona de carne y hueso.

JANET FRAME, 1961

PRIMERA PARTE
CLIFFHAVEN

1

Nos han dicho que debemos lealtad a la Seguridad, que es nuestra Cruz Roja y nos proporcionará pomada y vendas para las heridas y nos extraerá las ideas ajenas las cuentas de cristal de la fantasía las horquillas retorcidas de la insensatez que llevamos incrustadas en la mente. En todas las puertas de entrada y salida al mundo han fijado carteles con avisos y listas de medidas de precaución que deben tomarse ante una emergencia extrema. Rayos, aislamiento en las nieves de la Antártida, mordeduras de serpiente, motines, terremotos. Nunca duermas en la nieve. Esconde las tijeras. Desconfía de los extraños. Si te pierdes en un país extranjero, guíate por el sol para saber la hora y por los riachuelos que fluyen hacia el mar para conocer tu posición. Si te estás ahogando y te rescatan, no opongas resistencia. Succiona el veneno de serpiente de la herida. Cuando la tierra se abra y las chimeneas se vengán abajo, sal corriendo a cielo abierto. Pero no nos han proporcionado consigna alguna para el día de la perdición definitiva, cuando «quienes miran desde las ventanas quedarán en tinieblas». Las calles están abarrotadas de gente presa del pánico, que mira a derecha e izquierda, que oculta las tijeras, que succiona el veneno de una herida que no logra encontrar, que calcula la hora por la posición del sol en el cielo cuando el propio sol se ha fundido y se desliza en hilillos de los arrecifes de tinieblas hacia los cauces de mares evaporados.

Hasta ese día, ¿cómo vamos a encontrar el camino cuando dormimos y soñamos, y cómo vamos a protegernos de la peligrosa realidad que nos ofrecen, del rayo las serpientes el tráfico, de gérmenes motines terremotos ventiscas mugre, cuando los piojos recorren nuestras mentes como sigilosos arcanos? Rápido, ¿dónde está el dios de la Cruz Roja con la pomada y la escayola, la aguja y el hilo y los vendajes limpios con los que momificar nuestros sueños purulentos? La Seguridad es lo primero.

Escribiré sobre aquella temporada de peligros. Me encerraron en un hospital porque se había abierto un gran abismo en el témpano de hielo entre yo misma y los demás, a quienes observaba alejarse, junto con su mundo, a través de un mar de color violeta donde los tiburones martillo nadaban con tropical soltura junto a focas y osos polares. Yo estaba sola en el hielo. Llegó una ventisca y me sentí entumecida, y quise tumbarme y dormir, y eso habría hecho de no haber aparecido los extraños con tijeras y bolsas de tela llenas de piojos y frascos de veneno con etiqueta roja, y otros peligros en los que no había reparado antes —espejos, abrigos, pasillos, muebles, metros cuadrados, tramos de silencio cerrados a cal y canto—, simples y abigarrados, muestras gratuitas de voces. Y los extraños, sin pronunciar palabra, levantaron tiendas de lona circulares y acamparon conmigo y me rodearon con su mercancía peligrosa.

Pero me apetecía comer chocolatinas rellenas de caramelo porque me sentía sola. Me compré doce barritas por seis peniques. Me senté en el cementerio entre los crisantemos, que se arracimaban en el agua parduzca de unos botes de mermelada bañados en cieno. Anduve de aquí para allá por la ciudad en penumbra, siguiendo los relucientes raíles del tranvía, que reflejaban y hendían el resplandor de las farolas, y los vagones arrojaban chispas repentinas sobre mi cabeza y me producían la sensación, con esa luz irisada que rociaban, de estar mirando a través de las lágrimas. Pero los escaparates de las tiendas me hablaban, y también la lluvia con sus

regueros por dentro del ventanal de la pescadería, y el musgo y los helechos limpios en el interior de la floristería, y los trajes de chaqueta lacios y sin gracia, y los abrigos pasados de moda que pendían de viejos maniquíes de escayola en las tiendas más baratas, que no podían permitirse iluminar los escaparates y apilaban el género sin orden ni concierto y lo exhibían con grandes letreros pintados de rojo. Todos me hablaban. Me decían: Cuidado con las rebajas. Cuidado con las gangas. Cuidado con el tráfico y los gérmenes: si te encuentras un pañuelo, sujétalo entre las yemas del índice y el pulgar hasta que alguien lo reclame. Para un catarro, inhala vapores de tintura expectorante. No te sientes en la taza de un váter público. Peligro. Cables de alta tensión en lo alto.

Yo aún tenía que aprender a ser civilizada; canjeaba mi seguridad por las cuentas de cristal de la fantasía.

Era maestra. El director del colegio me seguía hasta mi casa, y dividía su rostro y su cuerpo en tres para amenazarme con un peligro por triplicado, de modo que me seguían tres directores: dos flanqueándome y uno pisándome los talones. En un par de ocasiones me di la vuelta tímidamente y le pregunté: «¿Le gustaría que le dieran una estrella por buena conducta?». Me pasaba la noche entera en mi habitación recortando estrellas de hojas de papel dorado, que luego pegaba en la pared y en la puerta del mejor armario de la casera, y en la cabeza y la cara y los ojos de su canapé de muelles, hasta que la habitación quedó empapelada de estrellas, decorada como una noche íntima, como un hechizo contra los tres directores que me obligaban a tomar el té en sociedad cada mañana en la sala de profesores, y que recorrían de puntillas con sus playeras el parterre de caléndulas mientras soltaban posibles consejos mordaces y perogrulladas. Con mis sobornos por buena conducta, imaginaba que los sujetaba con harina y agua en una galaxia de papel de aprobación, cuando en realidad solo me estaba concediendo a mí misma el centenar de recompensas, de garantías,

de medidas de protección, de pólizas de seguro, porque yo era la única mala, la única a quien habían visto y oído, la única que había hablado antes de que le hablaran, que había comprado galletas de capricho sin que se lo dijeran y las había cargado a la cuenta.

Mi habitación apestaba a compresas. No sabía dónde meterlas, de modo que las escondía en un cajón del tocador de nogal de la casera: en el cajón de arriba, en el cajón de en medio y en el cajón de abajo; en todas partes se captaba el hedor a sangre seca, a comida rancia arrojada desde los estantes de una casa de huéspedes que no tenía inquilinos ni muebles ni esperanzas de un futuro alquiler.

El director del colegio batía las alas; respondía a un nombre que sonaba parecido a «buitre» y que le otorgaba poder sobre los muertos, el de dejar limpios los huesos de quienes yacían en el desierto.

Me tragué un raudal de estrellas; fue fácil; dormí el sueño del buen trabajo y la conducta excelente.

Quizás podría haberme zambullido en el mar violeta y haberlo cruzado a nado para alcanzar a la gente que iba a la deriva en el mundo; pero pensé: «La Seguridad es lo primero, mira a derecha e izquierda». Las multitudes que desaparecían agitaban los sucios pañuelos, sujetándolos con cierto reparo entre el índice y el pulgar. ¡Menuda cautela! Se cubrían la boca y la nariz cuando estornudaban, pero tenían los pies descalzos y helados, y me dije que quizás no podían permitirse zapatos ni medias, de manera que seguí en mi témpano de hielo, pues no quería correr el riesgo de exponerme a la pobreza, y miré con precaución a derecha e izquierda, atenta al terrible tráfico en el solitario desierto polar, hasta que un hombre de cabellos dorados me dijo:

—Te hace falta tomarte un descanso de los crisantemos y los cementerios y de los raíles paralelos del tranvía que llevan hasta el mar. Necesitas huir de la arena y los lupinos, de armarios y vallas. La señora Hogg te ayudará; la señora Hogg, la cerda de Berkshire a

la que le han sacado el bocio, y deberías ver el río de nata que mana del agujero en su cuello y oír el satisfactorio silbido de su aliento.

—Te equivocas —declaró la señora Hogg, de puntillas y con la cabeza bien alta—. Es posible que tenga un bigotillo pelirrojo, pero nunca ha manado un río de nata del agujero en mi cuello. Y dime, ¿qué diferencia hay entre la geografía, la electricidad, el miedo, un niño nacido con pocas luces y que babea dentro de un camión de madera rojo en un patio de hormigón y el lamento de Guiderio y Avirago?

Ya no temas el ardor del sol
ni la ira furibunda del invierno.
Nadie con sus conjuros va a dañarte,
ni embrujo alguno podrá afectarte.
Espectros y fantasmas te respetarán
y nada tenebroso llegará a rozarte.

La señora Hogg me daba miedo. Y no podía explicarle qué diferencia había, así que le grité:

Loca, loca que andas por los rieles sombríos,
tú a tus asuntos, que yo me ocuparé de los míos.

¿De qué asuntos se ocupa una loca? ¿Una loca en los «rieles sombríos» de Cliffhaven, donde el tren se detiene durante veinte minutos para descargar y cargar las sacas del correo y ofrecer a los viajeros un vistazo gratuito de las locas que andan por allí, boquiabiertas y absortas?

Díganme, ¿qué hora es? La aturdidora campana del colegio está tañendo con sus vertiginosos golpes de badajo; ¿llegaré puntual a clase? El cerezo echa brotes en las bruñidas hojas, las aterciopeladas bocas de dragón están en flor, el viento lleva la caricia del sol a la hilera de álamos verdes y flexibles que crecen junto a la ribera, un poco más allá sendero arriba. Los veo desde la ventana. ¿Por qué estamos entonces en pleno invierno? ¿Y por qué las ventanas solo se abren quince centímetros por arriba y por abajo, y por qué cierran

las puertas unas personas que llevan uniforme rosa y las llaves, sujetas mediante un cordel a los cinturones, en los hondos bolsillos de marsupial? ¿Ya ha pasado la hora de cenar? Luz violeta, rositas japonesas amarillas, los niños en la calle jugando al tejo y al béisbol y a las canicas hasta que la oscuridad emborrona y absorbe incluso el color de las rositas amarillas.

Pondré calcetines de lana calentitos en los pies de los que están en el otro mundo; pero sueño y no consigo despertar, y me arrojan por el precipicio y me quedo colgada ahí sujetándome con dos dedos sobre los que se pone a bailar la Gigantesca Irrealidad, pisoteándolos.

Así pues, solo se podía llorar, no quedaba otra. Lloraba por que la nieve se derritiera y los poderosos concejales vinieran a arrancar los letreros de advertencia, y nunca respondía a la señora Hogg para decirle en qué consistía la diferencia, pues yo solo conocía la similitud; la diferencia se dispersaba en el aire y se marchitaba, dejando solo el fruto de la similitud, como el amento que revela la avellana.

2

Tenía frío. Traté de encontrar un par de calcetines largos de lana que mantuvieran mis pies calientes para no morir con el nuevo tratamiento, la terapia por electroshock, y evitar que hicieran desaparecer mi cuerpo por la puerta trasera para llevarlo al depósito de cadáveres. Cada mañana despertaba aterrorizada, esperando a que la enfermera del turno de día pasara en su ronda con la lista de nombres en la mano y anunciara si me tocaba o no la terapia por electroshock, el nuevo y moderno método para calmar a la gente y hacer que entendiera que las órdenes están para obedecerse y que los suelos deben pulirse sin protestar y que las caras se han hecho para lucir sonrisas congeladas y que llorar es un crimen. Esperar en las horas de madrugada, con su manto de negrura y escarcha, era como esperar una sentencia de muerte.

Traté de recordar los acontecimientos del día anterior. ¿Había llorado? ¿Me había negado a obedecer las órdenes de alguna enfermera? ¿O, perturbada ante la visión de un paciente muy enfermo, había sido presa del pánico y tratado de escapar? ¿Me había amenazado acaso alguna de las enfermeras: «Si no te andas con cuidado, estarás en la lista para el tratamiento de mañana»? Día tras día me pasaba el tiempo escudriñando los rostros del personal con la misma atención que si fueran pantallas de radar que pudieran revelar la proximidad del destino que me tenían

reservado. Yo era astuta. «Permítanme pasar la fregona en la oficina —suplicaba—. Déjenme fregarla por las noches, porque al caer la noche la película de gérmenes ya se ha posado en los muebles y en el libro de partes facultativos, y si el peligro no se conjura, pueden caer ustedes víctimas de la enfermedad, y eso significa inquietud y huellas digitales y una mortaja de algodón barato remendada».

Así que yo fregaba la oficina, como precaución, y me acercaba con sigilo al escritorio de la hermana y le echaba un rápido vistazo al libro abierto de los partes facultativos y a la lista de nombres de quienes se someterían a tratamiento al día siguiente. Una vez leí ahí mi nombre, Istina Mavet. ¿Qué había hecho? No había llorado, ni hablado cuando no tocaba, ni me había negado a pasar la fregona y la mopa ni a ayudar a poner las mesas para la cena, ni a llevar el cubo rebosante hasta la puerta lateral. Era evidente que se trataba de un delito que yo desconocía y que no había incluido en mi lista, porque no era capaz de seguirle el rastro con el fluctuante reflector de mi mente hasta el oscuro interior de la inconsciencia. Supe entonces que tendría que andarme con cuidado. Tendría que utilizar guantes, no dejar rastro alguno cuando entrara a robar en la abarrotada morada de las emociones y dejar para mi uso exclusivo la exuberancia la depresión la sospecha el terror.

Cuando veíamos a la enfermera del turno de día ir de un paciente a otro con la lista en la mano, nuestro terror angustiado se volvía más intenso.

—Te toca tratamiento. Hoy no desayunas. Quédate en bata y camión y quítate los dientes.

Teníamos que actuar con cautela, calma y control. Si nuestros temores resultaban injustificados, sentíamos una ligereza vertiginosa y un alivio que, si se consideraban exagerados, nos expondrían a recibir el tratamiento de emergencia. Si nuestro nombre figuraba en la lista fatídica, debíamos intentar con todas nuestras fuerzas, a veces sin éxito, contener el pánico creciente.

Porque no había escapatoria. Una vez que se conocían los nombres, todas las puertas se cerraban escrupulosamente con llave; debíamos permanecer en el dormitorio de observación donde se llevaba a cabo el tratamiento.

Llegaba el momento de escuchar a las otras pacientes que recorrían el pasillo hacia el desayuno, el silencio que reinaba mientras la hermana Honey, con la cabeza gacha, los ojos abiertos y atentos, bendecía la mesa.

—Deben mostrarse sinceramente agradecidas por lo que están a punto de recibir del Señor.

Y entonces se oía el repentino y alegre repiqueteo de las cucharas contra los platos de gachas, el chirriar de las sillas al arrastrarse, los murmullos de desconcierto al final de la comida cuando se buscaba el inevitable cuchillo que faltaba, mientras la hermana advertía con severidad: «Que nadie se levante de la mesa hasta que aparezca el cuchillo». Después, tras las órdenes de la hermana, había más chirridos de sillas y más murmullos. «En pie, señoras». Las puertas laterales se iban abriendo a medida que se enviaba a las pacientes a sus distintos lugares de trabajo. Lavandería, señoras. Cuarto de costura, señoras. Pabellón de enfermería, señoras. Después se oía el taconeo de la robusta enfermera jefe Glass, que se acercaba por el pasillo con los diminutos pies calzados de negro, abría el dormitorio de observación y se quedaba ahí plantada inspeccionándonos; luego interrogaba a la enfermera auxiliar, como un ganadero valorando las cabezas de ganado que esperan en los establos de subasta para partir en camión hacia el matadero. «¿Están todas aquí? Asegúrese de que no tengan nada de comer». Esperábamos de pie, en grupos pequeños; o agachadas en un semicírculo en torno a la gran chimenea enrejada donde un deslucido montón de carbón ardía con poco entusiasmo; apoyábamos las manos en los barrotes ennegrecidos del parachispas para calentarnos los dedos congelados.

Porque, a pesar de las bocas de dragón y las pulverulentas polillas con manchas blancas y los cerezos en flor, era siempre invierno. Y para nosotras era siempre una estación peligrosa, por la electricidad, ese peligro al que el viento le canta en los cables en un día gris. Y yo pensaba una y otra vez: «¿Qué medidas de seguridad debo tomar para protegerme contra la electricidad?». Y hacía una lista de emergencias —rayos, motines, terremotos— y de las medidas que proporciona al mundo la Divina Seguridad de la Cruz Roja del hombre, cuyas normas debemos cumplir, o bien moriremos desterradas en el témpano de hielo, en una soledad por partida doble. Pero cuando me sentía amenazada por la electricidad no se me ocurría nada que hacer, excepto pensar en las botas de goma hasta la cadera que mi padre usaba para pescar y que guardaba en el lavadero donde las chaquetas comidas por las polillas colgaban detrás de la puerta, junto al montón de viejas revistas de humor, *Lo Mejor del Ingenio Mundial*, que se leían en el retrete. ¿Dónde quedaron el lavadero y la ropa vieja con nidos de arañas y cochinillas en los pliegues? Si te pierdes en un país extranjero, guíate por el sol para saber la hora y por los riachuelos que fluyen hacia el mar para conocer tu posición.

Sí, yo era astuta. Una vez recordé la relación entre electricidad y humedad, y, con el pretexto de ir al lavabo, llené la bañera terapéutica y me metí en ella con bata y camisón, y pensé: «Ahora ya no van a poder someterme al tratamiento, y a lo mejor seré capaz de ejercer una influencia secreta sobre la reluciente máquina pintada de beis, con sus botones y medidores y luces».

¿Les parece posible que exista una influencia secreta?

En ocasiones, sentíamos un alivio casi delirante cuando la máquina se estropeaba y el médico salía, frustrado, de la sala del tratamiento, y la hermana Honey nos daba la maravillosa noticia:

—Vístanse todas. Hoy no habrá tratamiento.

Pero ese día en el que me metí en la bañera no hubo ni rastro de la influencia secreta, y me sometieron al tratamiento. Fui la primera paciente a la que hicieron entrar a rastras en la sala, antes incluso de que trajeran a las escandalosas del Pabellón Dos, el de las perturbadas, para los «múltiples», que significa que las sometían a dos tratamientos consecutivos y a veces a tres. A esas pacientes alteradas, en sus camisones rojos de hospital y sus largos calcetines grises de hospital y sus voluminosas bragas de rayas que algunas tenían buen cuidado de enseñarnos, las llamaban por sus nombres de pila o por apodos como *Dizzy*, *Goldie*, *Dora*. A veces se nos acercaban y comenzaban a hacernos confidencias o a tocarnos la manga con reverencia, como si en efecto fuéramos lo que nos parecía ser: una raza distinta a la suya. ¿No éramos acaso nosotras las enfermas «sensatas», las que aún no sustituían el habla por sonidos animales, ni hacían aspavientos incontrolados, ni se deshacían en una hilaridad secreta y silenciosa? Y, sin embargo, cuando llegaba el momento del tratamiento y a ellas y a nosotras nos conducían o llevaban a rastras a la habitación que quedaba al fondo del dormitorio, no importaba si éramos del pabellón de las perturbadas o del de las «buenas», pues todas proferíamos el mismo grito ahogado, estrangulado, cuando la corriente eléctrica se encendía y nos sumíamos en una inmediata y solitaria inconsciencia.

En mi sueño era temprano. Los raíles del tiempo se cruzaban y entremezclaban y con la colisión frontal de las horas estallaba un fuego que ennegrecía la vegetación que hacía brotar un tierno recuerdo a la vera del camino. Cogía un dedal de agua de mar destilada e intentaba apagar el fuego. Agitaba una banderita verde ante la cara de las horas venideras y ellas cruzaban la campiña surcada de cicatrices rumbo a su destino y yo veía que los rostros que me miraban desde la ventana eran los rostros de quienes esperaban para recibir el tratamiento de electroshock. Ahí estaba la

señorita Caddick, o Caddie, como la llamaban: belicosa y desconfiada, no sabía que no tardaría en morir y que sacarían a hurtadillas su cuerpo por la puerta trasera para llevarlo al depósito de cadáveres. Y ahí estaba mi propio rostro mirando fijamente desde el atiborrado vagón de las internas de los apodos, con su ropa de hospital, sus batas cortas de rayas y jerséis grises de lana. ¿Qué significaba?

Tenía mucho miedo. Cuando llegué por primera vez a Cliffhaven y entré en la sala polivalente para las internas y vi a la gente sentada con la vista fija, pensé, como le pasa a un transeúnte en la calle cuando ve a alguien mirar el cielo: «Si levanto la vista, también lo veré». Y miré, pero no lo vi. Y las miradas fijas no suponían, como suele pasar en las calles, una ocasión para que la multitud compartiera el espectáculo; en ese caso, era una ocasión para la soledad, para la visión de un circuito cerrado privado.

Y sigue siendo invierno. ¿Por qué es invierno si los cerezos están en flor? Ya llevo años aquí en Cliffhaven. ¿Cómo voy a llegar a las nueve en punto a la escuela si estoy atrapada en el dormitorio de observación esperando el electroshock? El camino hasta la escuela es muy largo: siguiendo la calle Eden hasta cruzar la calle Ribble y luego por la calle Dee hasta dejar atrás la casa del médico y la casa de muñecas de su hijita que se alza en el jardín. Ojalá tuviera yo una casa de muñecas; ojalá pudiera encogerme y vivir en su interior, acurrucada en una caja de cerillas con colgaduras de raso y estrellas doradas por buena conducta pintadas en la lija raspadora.

No hay escapatoria. Pronto llegará la hora del tratamiento por electroshock. A través de las ventanas de la galería distingo a las enfermeras que regresan del almuerzo, y verlas caminar de dos en dos y de tres en tres, dejando atrás los parterres de boca de dragón y aguileña, y el cerezo, me produce una mareante sensación de angustia y de irrevocabilidad. Me siento como una niña obligada a comer cosas extrañas en una casa extraña y que debe pasar la noche

en una habitación extraña con un olor distinto en las sábanas y ribetes distintos en las mantas, y que al despertar por la mañana ve por la ventana un paisaje distinto y aterrador.

Las enfermeras entran en el dormitorio. Recogen las dentaduras postizas de las pacientes que van a someterse al tratamiento, las sumergen en agua en tazas viejas y resquebrajadas y escriben en ellas los nombres de sus dueñas con la desvaída tinta azul de un bolígrafo; la tinta se corre sobre la impenetrable superficie de loza, emborronándose, hasta que los contornos de las letras parecen el microfilm de patas de moscas. Una enfermera trae un par de pequeños tazones de esmalte desportillado con alcohol desnaturalizado y jabón de lauril éter, para «frotar» nuestras sienes y que los electrodos «se agarren».

Trato de encontrar un par de calcetines de lana gris porque sé que si mis pies se enfrían me voy a morir. Una paciente tiene buen cuidado de ponerse las bragas «por si levanto las piernas delante del doctor». En el último momento, cuando la sensación de que son las nueve en punto nos envuelve y nos sentamos en las duras sillas con la cabeza echada hacia atrás, cuando nos restriegan las sienes hasta lacerarnos la piel con el algodón empapado y el alcohol se escurre y se nos mete en las orejas y nos provoca repentinos bloqueos del sonido, hay un último estallido de pánico y gritos, y algunos intentos de arrebatarse sobras de comida dejadas por las internas, y una enfermera grita: «Al lavabo, señoras», y se abre la puerta del dormitorio para una breve visita vigilada a los retretes sin puertas, con celadores en el pasillo para impedir fugas, y surgen conatos de peleas y patadas cuando algunas intentan echar a correr, pero comprenden casi de inmediato que no hay adonde ir. Las puertas que dan al mundo exterior están cerradas a cal y canto. Una solo consigue que la sigan y la hagan volver a rastras, y si la enfermera jefe Glass te pilla, te dirá, furibunda: «Es por tu bien. Haz el favor de controlarte, ya has dado suficientes problemas».

La propia Glass no se ofrece a someterse al tratamiento de electroshock como ocurre a veces con un sospechoso que, para probar su inocencia, está dispuesto a comerse el primer pedazo de un pastel que podría contener arsénico.

Se corren unos biombos floreados para ocultar el fondo del dormitorio donde se han preparado las camas para el tratamiento, con las sábanas abiertas y las almohadas formando un ángulo, listas para recibir a la paciente inconsciente. Y de pronto todo el mundo quiere ir otra vez al lavabo, y otra vez más, según aumenta el pánico, y la enfermera cierra la puerta definitivamente, y el baño se vuelve inaccesible. Anhelamos entrar allí y sentarnos en las frías tazas de cerámica y, del modo más simple, tratar de liberar nuestras mentes de la angustia creciente, como si un proceso corporal pudiera transformar la angustia y hacerla desaparecer al tirar de la cadena como ardientes gotas de agua.

Y entonces se oye una acatarrada tos matutina, y los elásticos chirridos de unos zapatos con suela de goma en el pulido pasillo exterior, sincopados con los apresurados pasos de otros zapatos con tacón cubano, y llegan el doctor Howell y la enfermera jefe Glass: ella abre la puerta del dormitorio y se hace a un lado para dejarlo pasar, y juntos desfilan en regia procesión para unirse a la hermana Honey, que los aguarda en la sala de tratamiento. En el último momento, como no hay suficientes enfermeras, entra dando brincos (la llamamos Pavlova) la recién nombrada asistente social, a quien se le ha pedido que preste su ayuda con los tratamientos.

—Enfermera, haga que entre la primera paciente.

Muchas veces me he ofrecido a ser la primera porque me gusta recordarme que el periodo de inconsciencia es tan breve que, para cuando me despierte, la mayoría de las integrantes del grupo aún estarán esperando aturdiditas y llenas de ansiedad, un estado que a veces les crea confusión y las hace pensar que quizás ya han

recibido el tratamiento, que quizás las han sometido a él a hurtadillas, sin que se dieran ni cuenta.

La gente al otro lado del biombo empieza a gimotear y a llorar.

Nos van pasando por orden estricto según los «voltios».

Esperamos hasta que las del Pabellón Dos estén «listas».

Estamos al corriente de los rumores que circulan sobre la terapia de electroshock: que es un entrenamiento para Sing Sing, cuando nos condenen finalmente por asesinato y nos sentencien a muerte y nos encontremos en la silla eléctrica con los electrodos tocándonos la piel a través de unas aberturas en la ropa; morimos con el pelo chamuscado y el último olor que perciben nuestras fosas nasales es el de nuestros propios cuerpos al quemarse. A algunas pacientes, el miedo las hace volverse aún más locas. Y dicen que se trata de una sesión para obligarte a hablar, que tus secretos se clasifican y se guardan en la sala del tratamiento, y yo tengo la prueba de que es así, pues una vez pasé por la sala con una cesta de ropa sucia y vi mi ficha. «Impulsiva y peligrosa», decía. ¿Por qué? Y ¿cómo? ¿Cómo? ¿Qué significa todo esto?

Ya casi me toca a mí. Me acerco a esperar ante la puerta de la sala de tratamiento, pues hay tantas sesiones programadas que el médico se impacienta ante cualquier retraso. La producción, por así decirlo, se acelera (como en el proceso de hacer la colada: un juego de prendas puesto, otro limpio, otro más en la lavadora) si hay una paciente esperando en la puerta, una sobre la mesa del tratamiento y otra a la que dan un último «frote» antes de ocupar su lugar en la puerta.

De repente se oye el inevitable gemido o grito al otro lado de las puertas cerradas, que al cabo de unos minutos se abren para dejar salir en camilla, convulsa y jadeante, a Molly, Goldie o la señora Gregg. Yo cierro muy fuerte los ojos cuando pasa ante mí, pero no puedo evitar verla, y tampoco las otras camas donde yace la gente, quizás profundamente dormida, o despierta y sollozando, con los

rostros enrojecidos y los ojos inyectados en sangre. Puedo oír cómo alguien gime y lloriquea; es alguien que ha despertado en el momento y en el lugar equivocados, porque sé que el tratamiento te arrebató esas cosas, te deja sola y ciega y sin identidad alguna, y buscas a tientas el camino a la fuente del consuelo más elemental, como un animal recién nacido; entonces te despiertas, pequeña y asustada, y las lágrimas no paran de manar, frutos de un pesar indescriptible.

A mi lado está la cama, con las sábanas bajadas y la almohada dispuesta para yacer en ella tras el tratamiento. Me acostarán allí sin que me dé ni cuenta. Miro la cama como si debiera establecer contacto con ella. Muy pocos pueden ver por anticipado su ataúd; si pudieran, quizás sentirían la tentación de engatusarlo para que conservara en su forro de raso pequeñas muestras de su identidad. Mentalmente, deslizo bajo la almohada de mi cama del tratamiento una porción de tiempo y espacio, para que, al despertar, si llego a hacerlo, no esté totalmente confusa y sumida en el espanto de buscar a tientas en las tinieblas de no saber ni ser nada. Y entonces entro en la sala. ¡Qué valiente soy! ¡Todos hacen comentarios sobre mi valentía! Me encaramo a la mesa del tratamiento. Intento respirar profunda y acompasadamente, pues tengo entendido que es prudente hacerlo así en momentos de temor. Procuró no preocuparme cuando la jefe Glass le susurra a una de las enfermeras, con voz ronca, como de asesina:

—¿Tiene a punto la mordaza?

Una y otra vez repito para mis adentros un poema que aprendí en la escuela cuando tenía ocho años. Como hago con los calcetines de lana gris, repito el poema para mantener a raya a la muerte. No son versos relevantes porque muchas veces la ley de las situaciones límite exige centrar la atención en lo irrelevante; el moribundo se pregunta qué van a pensar de él cuando le corten las uñas de los pies; el hombre que sufre cuenta las florecillas de una mala hierba.